

# Joaquín Berges

## LOS DESERTORES

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

JOAQUÍN BERGES  
LOS DESERTORES

TUSQUETS  
EDITORS

1.ª edición: noviembre de 2018

© Joaquín Berges, 2018

Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-613-5  
Depósito legal: B. 22.676-2018  
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.  
Impresión y encuadernación: Black Print  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

# Índice

|                      |     |
|----------------------|-----|
| Los desertores ..... | 13  |
| Nota del autor ..... | 379 |
| Bibliografía .....   | 381 |

A veces, las decisiones se toman sin el concurso de la voluntad o el estado de ánimo, solo con el cuerpo, con una parte determinada del esqueleto que depende de cada individuo y cada circunstancia. En el caso de Jota fueron sus articulaciones, más concretamente sus rodillas. Llevaba casi una hora en la cafetería, sentado junto a la cristalera, observando con la vista desenfocada los camiones que se detenían en el área de descanso, pendiente solo de las luces que llegaban y se apagaban. Se encendían y desaparecían. Y necesitaba levantarse.

Había tres camioneros en la barra, dos hombres que parecían de origen nacional y una mujer con el pelo rapado, las cejas rubias y los ojos claros. La había visto bajar de un camión azul marino con el morro plateado que le había recordado a un animal marino, un enorme cachalote con ruedas. Había pedido un pincho de tortilla y una cerveza sin alcohol, señal de que iba a volver a la carretera.

La idea del viaje se le había ocurrido una mañana al despertar, en esos segundos de incertidumbre en que la realidad parece posible, quizá porque todavía forma parte del sueño. Llevaba tiempo leyendo sobre la batalla del Somme, concentrado en fechas, lugares, nombres y detalles. No descartaba la posibilidad de visitar algún día la zona, aunque tampoco se atrevía a planteárselo seriamente.

No se habría levantado de la silla si no hubiera comenzado a sentir un hormigueo en las rodillas, primero en la derecha, luego en las dos. No quería que los camioneros lo tomaran por quien no era. Él tenía un buen coche y recursos suficientes para pagarse el viaje, lo que no tenía eran ganas de conducir. Prefería ser conducido en actitud relajada y contemplativa, sin tener que pensar en el itinerario o el tráfico. No quería hacerlo en un medio de transporte público, sino en un camión como los que él mismo había contratado durante años. Por eso se había sentado junto a la cristalera de la cafetería a observar los camiones.

Cogió el cuaderno de tapas verdes que había dejado sobre la mesa y se dirigió a la barra para pagar el café.

—Mi nombre es Jota —dijo.

—Geike —respondió la camionera de los ojos claros.

Seguramente pensó que Jota no era un nombre.

—¿De dónde eres?

—Bélgica.

—¿Adónde te diriges?

—Perpiñán.

Jota no recuerda cómo la convenció para que lo llevara hasta allí. Lo hizo con un discurso incoherente, casi delirante. Luego ya se las arreglaría él para continuar hacia el noroeste de Francia, cerca de la frontera con Bélgica, que era adonde se dirigía. A Geike no se le ha olvidado. Dedujo que Jota era un hombre en apuros, un neurótico inquieto, quién sabe si un demente, aunque también recuerda que olía a perfume caro e iba bien vestido.

Solo le hizo una pregunta:

—¿Eres metido en una problema?

Jota sonrió con una condescendencia de derrota, como si se diera pena a sí mismo. Ese gesto fue suficiente para que Geike lo admitiera en la cabina de su camión. Antes

le informó de sus planes. Tenía que cargar en un almacén de Lleida al día siguiente a primera hora de la mañana. Luego descargaría esa mercancía en el Mercado Saint Charles de Perpiñán.

—No tengo prisa —respondió Jota.

No la había elegido por ser mujer. Ni por ser extranjera. Lo había hecho porque le gustó la franqueza de su mirada y el modo en que bebía su cerveza sin alcohol directamente del botellín. Tampoco quería compartir el viaje con una demente.

—¿Qué mercancía has traído?

—Kiwis.

—¿Qué mercancía te llevas?

—No sé. Creo que melocotones y nectarinos.

—¿Siempre fruta?

—Mi camión tiene frío.

Lo dijo como si el vehículo pudiera tener sensaciones. Jota se alegró de no ir en un cachalote con la panza llena de carne, pescado o productos lácteos.

—Hablas muy bien el castellano —dijo.

Geike hizo un movimiento de duda con la cabeza. Hablaba varios idiomas pero ninguno muy bien. Solo el suyo.

—¿Eres escritor? —preguntó ella, señalando el cuaderno que Jota llevaba en la mano.

Él negó sin intención de responder. No estaba admitiendo que no era escritor. Simplemente no pensaba decirle a qué se dedicaba. Al menos no todavía.

—¿Periodista?

Jota continuó negando, aunque esta vez lo hizo sonriendo para no contrariar a su anfitriona.

—¿No dirás a mí que haces turismo? —insistió Geike.

—Voy en busca de alguien.

—¿Una mujer?

—Un hombre.

—¿Alguien de la tuya familia?

Geike se puso en pie. Era hora de marchar. Por un momento, Jota temió que fuera a dejarlo allí, en la barra del bar.

—En realidad es alguien a quien no conozco —confesó.

—Entonces, ¿para qué quieres ver a él?

—No quiero verlo.

Geike lo miró de reojo. Jota le mostró las palmas de las manos. Fue un gesto de disculpa. «No me dejes aquí. Todo tiene una explicación.»

—Voy en busca de su tumba —le dijo.

*Miércoles, 10 de noviembre de 1915*

Querido padre:

Desde que salimos de Inglaterra no hemos hecho más que viajar en tren y en barco, además de marchar en fila durante horas bajo una fuerte lluvia que nos ha traído recuerdos del hogar. Nos dicen que estamos en C., aunque todavía no hemos visto ninguna población. Aquí solo hay una llanura interminable, un desierto de cultivos y campos en barbecho. Y nubes que los sobrevuelan dejando el rastro de su sombra sobre ellos, como si quisieran labrarlos desde el cielo.

Lo importante es que ya estamos en Francia y se rumorea que pronto entraremos en acción. Esto es lo único que nos motiva. Estamos hartos de los entrenamientos, los ejercicios físicos y las charlas de nuestros superiores. Queremos enfrentarnos al enemigo y acabar con él.

Por suerte, apenas disponemos de tiempo libre. No serviría de nada porque no hay mucho que hacer por aquí salvo tumbarse a ver las nubes, jugar a las cartas o leer. No podemos cantar el repertorio de canciones que aprendimos en Old Trafford, así que hemos sustituido la música por los versos que escriben los poetas.

Se ha organizado un curioso sistema de difusión literaria entre los regimientos. Cuando el poema de un soldado

gusta a un oficial, se copia varias veces y se distribuye por toda la compañía. A veces se transmite por cable para que llegue al mayor número posible de unidades, y creo que van a organizar un concurso de poesía entre regimientos, lo cual no deja de ser curioso considerando la razón que nos ha traído hasta aquí.

Me acaba de llegar uno hermoso y tético a la vez. Lo he leído en voz alta junto a Alfred.

Cuando haya muerto,  
y forme parte del suelo de Francia,  
todo esto recordaréis de mí:  
fui un gran pecador, un gran amante,  
y la vida me llenó de desconcierto.  
¡Ah, el amor! ¡Habría muerto por amor!  
El amor puede hacer mucho, tanto bien como mal.  
Hace pensar en madres y en niños chicos,  
y en tantas otras cosas.  
¡Oh, hombres aún no nacidos, me marchó sin  
terminar mi labor!  
Ahí tenéis el conflicto: el mundo os odiará:  
¡Sed valientes!\*

Vuestro hijo que os quiere,

Albert

\* «*After I am dead, / And I have become part of the soil of France, / This much remember of me: / I was a great sinner, a great lover, and life puzzled me very much. / Ah love! I would have died for love! / Love can do so much, both rightly and wrongly. / It remembers mothers, and little children, / And lots of other things. / Oh men unborn, I go now, my work unfinished! / I pass on the problem to you: the world will hate you: be brave!*» Poema escrito por Hugh R. Freston, del 3.<sup>er</sup> Batallón del Regimiento Royal Berkshire, muerto en combate en enero de 1916.

Geike había trabajado unos años en un gimnasio de su Malinas natal. Por eso tenía aquellos brazos y aquellos hombros tan musculosos, más propios de una jugadora de balonmano que de una camionera. Un día descubrió que su naturaleza era nómada, se llenó los brazos de tatuajes y decidió cambiar de vida.

—Todo mundo debe descubrir si es nómada o *sedentario* —le dijo a Jota, invitándolo a que se decantara por una u otra opción.

—Sedentario —respondió él, solo para corregirla.

—Si un sedentario vive la vida de una nómada será una persona no feliz, y el contrario igual. Para eso es importante descubrir qué es uno, si una cosa o la otra cosa. Se puede ser los dos, pero no a la misma vez.

Jota asintió. También era importante descubrir si uno era amante o detractor del silencio. En aquel momento no tenía ganas de reflexionar.

—¿Haces muchas rutas distintas? —preguntó para cambiar de tema.

—Amberes, Madrid, Barcelona, Módena, Múnich, Berlín, París, a veces Londres. Y luego de retorno a Amberes. No parecía un recorrido excesivamente nómada.

—La fruta del mundo llega a puertos de Amberes y

Rotterdam —añadió Geike—, luego se distribuye para toda la Europa en pocas días.

Llevaba unas mancuernas en la parte de atrás de la cabina, así podía hacer sus ejercicios de hombros y brazos cuando se detenía en un área de descanso.

—Hay que tener músculo para soportar horas en volante, del contrario, arriesgas en tener un lesión de columna o un dolor donde menos crees.

Jota se cruzó de brazos. Él también había ido a un gimnasio durante años, aunque no para ganar músculo. Tan solo pretendía mantener la forma física. Pese a haber sido siempre un tipo delgado, no podía presentarse delante de una mujer como Rose con las carnes flácidas. Al menos debía ser capaz de sostener su vientre, por eso hacía interminables tandas de abdominales, siempre que podía, incluso cuando iba andando por la calle. Una vez le dijeron que meter la tripa al caminar era una forma de ejercitar los abdominales.

Estuvo a punto de preguntarle a Geike si era realmente así.

—Si no importa, hacemos parada en Medinaceli —dijo ella, pronunciando una che en vez de una ce, como si estuvieran en Italia—. Tengo que ir a un lavabo.

«Y puede que tú también tengas que ir», pensó sin llegar a decirlo. No le había preguntado la edad, pero estaba claro que su polizón rondaba los sesenta años, aunque el hecho de conservar buena parte de su pelo y mantenerse delgado podía dar otra impresión.

—Gusta mucho las rutas que van de este a oeste. O el revés —dijo Geike sin dejar de mirar la carretera.

—Nos dirigimos hacia el nordeste —matizó Jota.

—Pero cuando sale el sol estamos en AP2, viajando hacia este para ver el color de amanecer.

A Jota nunca le había gustado conducir contra la salida

o la puesta del sol, pero Geike hablaba como una marinera de alta mar, siempre atenta al rumbo, a la meteorología y al firmamento. Se sabía el nombre de algunas constelaciones, tenía una brújula en el salpicadero del camión y una aplicación en su móvil que le indicaba dónde estaban situados los planetas, las galaxias y las estrellas dobles.

—¿Dónde tú vas exactamente? —preguntó Geike.

Habían pasado unos kilómetros en silencio. Jota volvió a sentirse incómodo. No quería arriesgarse a que la camionera lo dejara tirado en un área de servicio.

—A un cementerio —dijo.

Geike no podía evitar una especie de curiosidad lúdica, como si estuviera resolviendo un crucigrama.

—¿A cuál cementerio?

Jota la retó con la mirada.

—Hay ciento cincuenta y cinco cementerios en un radio de doscientos cincuenta y tres kilómetros cuadrados en la región a la que me dirijo —respondió.

Geike hizo un gesto de comprensión.

—¿Buscas tumba de un soldado?

Jota asintió sin palabras.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—Un joven.

—¿Tiene nombre?

—Se llamaba Albert.

—¿Francés?

—Inglés.

La camionera elevó las cejas y se acarició la mandíbula con la mano izquierda. Era evidente que se estaba divirtiendo.

—Murió en la Primera Guerra Mundial —añadió Jota, intuyendo la pregunta.

—¿En cuál batalla?

—En la del Somme.

—No extraña a mí —afirmó Geike—. Fue el peor de todas.

Jota se quedó mirando fijamente la carretera, como si fuera él quien condujera el camión.

## 2

Ya nunca entraba en casa anunciando su llegada. Se había cansado de ese hábito que en otro tiempo consideró un acto amable y cotidiano, el reencuentro diario con su pareja. Buscó a Jota en el salón y en el cuarto de las visitas, que era donde dormía desde hacía años. También miró en el baño. Dejó el pan en la encimera de la cocina y una carpeta con papeles del trabajo en el cuarto de María, que se había convertido en una especie de despacho desde que su hija se marchó de casa. Luego se quitó los tacones y se puso una bata. Comenzó a preparar la comida del día siguiente y fríó unas croquetas para la cena. Miró el móvil varias veces. La última conexión de Jota era del mediodía.

Sabía que había ido a despedirse de sus compañeros de trabajo y supuso que habría pasado la tarde con ellos. No tardaría en regresar. Si hubiera quedado con alguien para cenar, se lo habría notificado a través del móvil. O habría dejado una nota escrita en el cuaderno que usaban para comunicarse las ausencias. Era una libreta con el anagrama de ComimeX en la portada, con la primera y la última letra en mayúscula.

A veces, Magda leía sus páginas con la cabeza torcida. Allí estaba transcrita y resumida su relación de los últimos

años. «No ceno en casa.» «Tengo un compromiso.» «Acuérdate de comprar el regalo para María.» «El sábado trabajo.» «Mañana me levanto temprano porque tengo una reunión.» «No toques las fiambreras que hay en el frigorífico.» «Ha llamado Hache. Dice que no le coges el móvil.» «El viernes he quedado con las chicas del trabajo.»

Y luego los otros mensajes, los que incomprensiblemente nadie se había molestado en arrancar de la libreta. «Gracias por preguntar qué me ha dicho el médico.» «No era necesario ponerte así delante de María. Ella no tiene la culpa de nada.» «Te recuerdo que yo también vivo aquí y que este piso es tan mío como tuyo.» «Lo de ayer no tiene nombre.» «No esperes que te dé ninguna explicación.» «No seas paranoica.» «A este paso vas a tener que traer otra libreta de la empresa.»

Decidió comerse un par de croquetas cuando todavía estaban calientes y una gruesa rodaja de piña. Jota había traído tres piezas la semana anterior y estaban empezando a madurar. Luego llamó a María. Quería saber cómo estaba el niño. Había pasado unos días con fiebre, afectado por un virus.

—Está mejor, no te preocupes, aunque se quedará en casa hasta el fin de semana.

—¿Sabes algo de tu padre?

Hubo un silencio.

—¿Por qué?

—No está en casa.

—Habrás tenido una cena o algo así, ¿no?

—Por un momento he pensado que habría ido a visitar a su nieto.

María se extrañó tanto que estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Papá? —dijo.

—El niño está enfermo —respondió Magda.

—Hace días que no lo veo.

Se despidieron. Magda dejó el teléfono en la mesilla y se puso el pijama. Luego se tumbó en la cama y encendió el televisor. No quería ver nada en concreto. Se limitó a zapear de un canal a otro en orden ascendente primero y descendente después, como si lo que pretendiera ver fueran los números de los canales sumando y restando. Al final se durmió.

Tres horas después se despertó con la boca seca y se levantó a beber un poco de agua directamente del grifo, como le gustaba hacer cuando era niña. Eso le trajo recuerdos de su hermana Rosa, a quien hacía tiempo que no veía, entre otras razones porque siempre estaba trabajando. Era abogada en un despacho especializado en separaciones matrimoniales. Su marido viajaba continuamente, no tenía hijos y ya había disfrutado bastante del tiempo libre durante los años que pasó sin trabajar, viviendo como una gran dama del ocio.

Antes de apagar la luz dudó entre mirar el móvil o no. Quería saber si había recibido algún mensaje de Jota, pero no a costa de ver la hora. Esto último podía ponerla muy nerviosa. No había ningún mensaje y eran las 2.35 de la madrugada. Se sentó en la cama. Pese a llevar varios años sin hacer vida en común, ese no era el proceder habitual de su marido. Digamos que no se soportaban el uno al otro pero de un modo civilizado, buscando excusas para no estar juntos y comunicándose puntualmente por escrito, quién sabe si dotándolas además de una urgencia o un dramatismo innecesarios.

Por eso decidió llamarlo. De nada habría servido mandarle un mensaje porque la hora de su última conexión permanecía intacta. Se puso las gafas y marcó su número. El tono de llamada sonó varias veces pero nadie contestó.